

la fidelidad a la verdad, llegando a una concepción de la verdad opuesta al pensamiento agustiniano. Y es que Ortega no posee la fecunda inquietud agustiniana, sino que su pensamiento permanece menos elevado, entretenido en disgresiones puramente humanas y de este mundo.—M. N. R.

GARCÍA ASTRADA (Arturo): *Esbozo de una moral en Ortega y Gasset*, en «Giornale di metafisica», XIII, 1958, 6 (págs. 736-744).

Para Ortega, lo que fundamentalmente interesa a la ética es la definición del hombre. Pero sucede que esta realidad sólo surge cuando hay una comunidad de hombres, una sociedad. El origen del problema moral se encuentra en el tema de la vida vista como radicalidad absoluta. Con relación a la vida aparecen valores que tienen una consistencia transvital, y que valen por sí mismos, mientras otros no trascienden de lo biológico. Ortega formuló una escala jerárquica de valores, en cierto modo similar a la de Scheler. De acuerdo con el esquema, referido a la doble serie de imperativos culturales y vitales, ningún valor del ámbito espiritual puede obligar a la vida si ésta no encuentra en él un motivo de estímulo para su actividad. A veces los valores cristalizan en normas, que se alejan de lo vital. Para Ortega, la moral sería este conjunto de normas desvitalizadas y espectrales. La sublevación contra la moral es la resultante de la situación de lejanía en que éste se coloca frente a la vida. Ortega considera la vida como quehacer; la vida no es una cosa. El programa vital, que es el yo de cada hombre ha sido elegido por él. Entre la vida como facticidad y la vida como proyecto se interpone la realización de éste. Quien renuncia a ser el que tiene que ser está condenado al fracaso. Surje así, de un modo dramático, un nuevo tipo de imperativo, que enunció Píndaro: «llega a ser lo que eres».

El hombre-masa es aquel cuya vida carece de programa y no se exige nada. Por eso, «la rebelión de las masas es una y misma cosa con la desmoralización radical de la humanidad». La auténtica norma moral agota su vigencia en cada individuo. Después de considerar la relación entre la teoría y la vida práctica,

opina García Astrada que el pensamiento de Ortega culmina en un realismo ético. «Felicidad es la vida dedicada a ocupaciones para las cuales cada hombre tiene singular vocación.»—R. C. C.

CHAUCHARD (Paul): *La vision du passé de Teilhard de Chardin*, en «Les études philosophiques», París, núm. 4, año XII, octubre-diciembre 1957 (páginas 362-363).

Con motivo de la aparición del tomo tercero de las Obras Completas de Teilhard de Chardin (Editions du Seuil, París, 1957), P. Chauchard señala brevemente los temas más importantes de su contenido. Los artículos de T. de Chardin escritos de 1921 a 1955, tratan del evolucionismo científico, sus mecanismos y el lugar que ocupa el hombre en esta evolución.

En un artículo de 1921, afirma el jesuita que la vida no puede ser comprendida haciendo omisión de su dimensión histórica. La evolución es un proceso coherente y orientado, un hecho científico compatible con toda filosofía y quizás más aún con el creacionismo. A las críticas de Vialleton en 1925, responde en el sentido de que el transformismo no amenaza al lugar natural de los seres vivos. En un inédito de 1926 establece los fundamentos y el fondo de la idea de evolución, y se refiere a las consecuencias morales del transformismo; destaca la afinidad entre hilemorfismo y evolucionismo. En un artículo de 1930 expone los principios esenciales por los cuales no puedan confundirse con el transformismo las formas que no lo son. En una nota de 1950 habla de la evolución de la idea de evolución.

Siete artículos tratan del fenómeno humano, del lugar del hombre en la naturaleza y la evolución, de las unidades humanas naturales y de la realidad de la ortogenesis humana. Se perfila de modo más simple y accesible la futura gran síntesis del «fenómeno humano». La «noosfera» viene definida en un inédito de 1923. Expresa Teilhard de Chardin, en 1939, la realidad de la diversidad de las razas humanas, sus puntos comunes, la tendencia biológica a la confluencia y la posibilidad de una moral biológica de las razas basada en el renunciamiento y en la abnegación. Son de señalar, por la maestría del análisis,

los pensamientos de Teilhard de Chardin sobre la irreversibilidad y la discontinuidad de la evolución, la ortogénesis y las relaciones entre evolución e invención. También sus reflexiones sobre la importancia de la complejidad adquieren un gran relieve. Chauchard termina su breve artículo afirmando la conveniencia y utilidad que se sigue de la lectura de este tercer tomo de las Obras Completas, «no sólo para hacer comprender mejor que el pensamiento de Teilhard es una cosmología científica, sino sobre todo para convencer a filósofos y teólogos de que la biología evolucionista no tiene nada que ver con un relativismo negador de valores».—  
MANUEL MANTERO.

MARÉCHAL: "L'acción" de Maurice Blondel, en «Convivium», II, 4, 1957 (páginas 4-41).

Este artículo viene presentado y comentado por el P. Hayen, y se trata de un texto inédito de Maurice Blondel, cuyo pensamiento ha sido maravillosamente captado por Maréchal. Las notas originales del autor, que acompañaban el texto se perdieron, pero en esta publicación se han señalado los pasajes más interesantes para el lector, así como coleccionado textos particularmente significativos.

En cuanto al método, Blondel se esfuerza por evitar las presunciones, recogiendo, por el contrario, los antecedentes que se dan con infinita diversidad en las conciencias individuales. En el determinismo de la acción introduce Blondel una alternativa, ésta es que, por el mero hecho de existir se le plantea al hombre el problema de un destino, cuya resolución es siempre necesariamente positiva. Maréchal reduce la exposición de Blondel sobre el valor epistemológico de la acción a un cuadro simplificado y esquemático, pero siguiendo con claridad y fidelidad el pensamiento de aquél, difícil de transcribir punto por punto, a causa de su extensión que sobrepasa lo pretendido por este tratadista. Para ultimar su estudio, Maréchal trae a colación el tema de la epistemología de la acción en Blondel en relación con el tomismo; efectivamente, entre Blondel y Santo Tomás de Aquino existe un acuerdo profundo y en cierto sentido total, pero esta concordancia implica precisa-

mente la existencia de una irreductible y esencial diferencia: en Blondel hay una dialéctica de la conversión cristiana, mientras que, contrariamente, Santo Tomás se ejercita racionalmente, a la luz de la fe, en la especulación filosófica, como el más leal discípulo de Aristóteles y Platón.—M. N. R.

LACROZE (René): *La pensée mexicaine*, en «Les études philosophiques», París, núm. 3, año XIII, julio-septiembre 1958 (págs. 302-307).

En Méjico, los estudios filosóficos han alcanzado gran importancia; desde el país se proyecta su impulso sobre América y sobre la misma Europa; impulso que parte, especialmente, de la Universidad nacional autónoma de Méjico y de la amplitud de sus enseñanzas filosóficas: historia del pensamiento antiguo, medieval, moderno y contemporáneo; lógica y epistemología; psicología, sociología y etnología; estética e historia del arte; filosofía general y filosofía del derecho... Un núcleo de filósofos ha surgido del continuado esfuerzo que comenzaron a principios del siglo Justo Sierra, Antonio Caso, Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Se analiza a Méjico y se ahonda en el ser del mejicano. Méjico posee no sólo un folklore, un arte, una literatura o una economía; en consecuencia posee también un modo de pensar (y de ser, habría que añadir lógicamente esa afirmación de R. Lacroze). Todo el poderío de la producción filosófica mejicana sirve de atmósfera para la búsqueda de lo que sea el hombre de Méjico. Dos culturas se unen, sin fundirse en síntesis, dentro de la psique del mejicano: la precortesiana, con la simbología de las ruinas de Uxmal y Palenque, por ejemplo, y la hispánica, que ha originado una literatura, una pintura, una arquitectura, y creado un artesanado. De esta aspiración a la síntesis procede la tragedia del individuo y su gusto natural por la reflexión filosófica.

Para Antonio Caso es el sacrificio lo que definirá el espíritu del hombre de Méjico. Vasconcelos erige el mito de la raza cósmica. Samuel Ramos explica al mejicano por su alma atormentada, patológicamente. Leopoldo Zea la no fijación del destino de ese hombre, que existe en potencia, no en acto. Pero todas estas concepciones angustiosas van